

Ah, La Habana

I

Nunca se me ocurrió que la ciudad podría desempeñar un papel tan importante en mi vida.

La historia empieza en agosto de 1977, cuando, reclutados por las Fuerzas Armadas, un grupo de jóvenes fuimos conducidos desde el Comité Militar al Estadio Latinoamericano. Sentado en uno de los asientos detrás de primera base aparentaba oír a un joven llamado Silvio que me hablaba sin parar de *rock and roll* e insólitas aventuras de su vida, mientras yo me preguntaba cómo, a partir de entonces, sería mi destino.

Todo lo que llevaba conmigo era un tubo de pasta, un cepillo de dientes, dos calzoncillos, un libro de relatos de Máximo Gorki, agenda, pluma y una enorme y temeraria incertidumbre.

Después de 45 días de intensa preparación militar en La Cabaña, en uno de los cuales –tratando de aprender a tirar con un fusil AKM– casi mato por accidente a un oficial, quien ordenó que me quitaran el arma y aprobaran inmediatamente en tiro, me mandaron a servir a una Compañía cuya misión era hacer guardias.

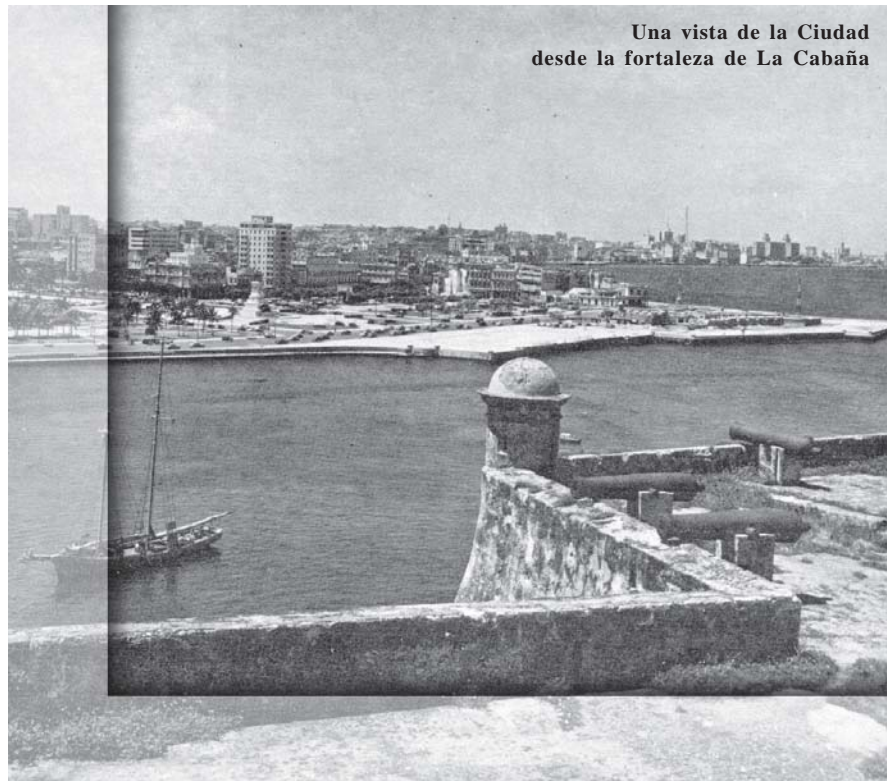
El albergue estaba cerca del muro de la fortaleza. Era un local abovedado, de techo bajo, sin ventanas, con muchas literas, que a veces me oprimía y provocaba reacciones claustrofóbicas.

Antes de que asomara el sol nos despertaba el prolongado toque de una bala de cañón que colgaba a la entrada del albergue. En quince minutos había que vestirse y asearse para formar el pelotón y asistir al primer pase de lista; desayunábamos en poco tiempo para volver a formar y recibir órdenes.

**Ay, Habana,
me dije
mirándola
con los ojos
cristalizados
de lágrimas;
nunca pensé
que llegaras
a hacerme
tanta falta.**

Yo dormía en la parte alta de una litera, a dos metros del techo. Debajo de mi cama dormía Silvio.

En cuanto apagaban la luz mi mente se convertía en la sala de un cine en la que yo era el único espectador viendo mi vida pasar. Me contemplaba en la secundaria, en mi casa, en mi barrio, en una fiesta con los amigos..., y maldecía estar allí sin otra opción que la de resignarme. Un par de lágrimas calientes corrían por mi cara, y mordía la almohada en actitud rebelde contra la hostilidad de un medio en el que me sentía tan ajeno a todo, y todos se mostraban tan ajenos a mí, que llegué a perder el sentido de mi vida; y pasaba las noches en vela, con los ojos abiertos en la oscuridad de aquella especie de cripta, pidiéndole a Dios que me sacara de allí.



Una vista de la Ciudad desde la fortaleza de La Cabaña

Fue en aquellas circunstancias que, a pesar de mi actitud huraña, me vino a bien aceptar la amistad de Silvio.

Silvio, dos años mayor que yo, era alto, delgado, cejijunto, ansioso y parlanchín. No había conocido a su padre y su madre había muerto cuando él tenía catorce años. Vivía en compañía de un anciano en Tarará. No había terminado el octavo grado, y se jactaba de su vida bohemia.

Desde su llegada a la Unidad casi no hacía otra cosa que contar anécdotas y chistes. Pero, lejos de ganarse el aprecio de todos, se burlaban de él.

Poseía, sin embargo, una virtud: se sacaba una cordillera de cuentos con la misma facilidad con que un mago saca esa interminable tira de colores debajo de la manga de su chaleco. A alguien se le ocurría hablar de un río, y empezaba a contar que una vez había pescado un sábalo enorme en el río San Juan que casi lo tira al agua. Animaba sus anécdotas con descripciones ricas en detalles, y con gestos y tonos que atraían la atención. Pero no tenía don de gente a pesar de su apremiante necesidad de afecto.

Era, en verdad, notablemente mentiroso; pero yo advertía en ese defecto la auténtica habilidad de fabular. Y lo dejaba drenar cuanto quería.

A veces al sargento se le ocurría reunirnos bajo una ceiba para leernos el reglamento militar. El sargento, un renganchista de cara larga y ojos asombrados, se equivocaba al leer; para pronunciar correctamente el fragmento se excusaba diciendo *posición anterior*, y ello provocaba nuestras discretas risas.

En otras ocasiones, dentro del albergue, se hablaba de automóviles de buenas marcas, célebres películas de acción, mujeres, sexo o connotados acontecimientos de barrios marginales, como ciertos robos espectaculares, notables reyertas o asesinatos pasionales.

Cualquier asunto, en aquel ámbito cerrado, podía convertirse en atractivo tema de conversación. En realidad casi no había otra cosa que hacer además de las guardias, que empezaban a las cinco de la tarde con una ceremonia en el polígono, en la que nos leían un fragmento del reglamento y luego íbamos en paso de camino hacia las postas.

La guardia, a veces, podía convertirse en una pesadilla. Algunos viejos soldados contaban que se había visto a un anciano encorvado que llegaba a las postas vestido de monje, se detenía, pedía un centavo y de pronto se quitaba la capucha enseñando unos colmillos muy grandes.

Este cuento, escuchado en el albergue, sonaba ameno. Mas cuando había que hacer la guardia solo, su recuerdo era atormentador. En la garita yo ponía el fusil a un lado, me sentaba en el suelo, recogía las piernas hacia el pecho, las abrazaba y bajaba la cabeza. Así pasaba yo las dos horas hasta el relevo, muchas veces pensando canciones para no escuchar los ruidos de la noche.

Uno veía los cielos abiertos al anunciársele que le tocaba pase. Cuando el soldado sale de la unidad y ve la calle, siente como si le hubieran regalado la vida. Pero el pase no era frecuente. A veces demoraba quince días, y había que fugarse.

La fuga, toda una escena de película de acción, se hacía propicia al atardecer, cuando casi todos los oficiales se retiraban de la Unidad. El sitio para fugarse era ese lado más alto del muro de La Cabaña, donde había un orificio por el que pendía un grueso cable a través del cual nos deslizábamos hasta tocar la tierra con los pies. Había quien caía de nalgas, y se acordaba del día en que nació. Luego bajábamos con mucho cuidado la pendiente que mediaba entre La Cabaña y Casablanca, enmarañada de matas y yerbas, en

cuyo descenso empezaban a ladrar unos porfiados perros que en más de una ocasión intentamos envenenar.

Cuando no había actividades andaba por la fortaleza. Sus gruesas y arcaicas paredes trasuntaban como un olor a siglos. Me sentaba en cualquier sitio acogedor para escribir en la agenda los cuentos que nunca logré concluir, como el que trataba del notable escritor mexicano Juan Rulfo, que se me ocurrió hacerlo estimulado por un sueño en el que ambos conversábamos en un banco de la avenida del Malecón, y Rulfo me entregaba un papel con un mensaje escrito de su puño y letra que jamás pude leer, pues, al desdoblarlo, se me hizo un puñado de polvo entre las manos.

Un día bajé al foso y llegué al paredón de fusilamiento. En un ángulo de las paredes vi el impresionante palo donde situaban a los condenados y tras de él los sacos de arena donde se habían incrustado las balas que nunca le dieron al blanco. Pegué la espalda al palo para tener una perspectiva de lo último que veían los condenados a muerte, y Silvio me quitó con un empujón diciéndome que eso anunciaba mala letra.

Más temprano que tarde Silvio se convirtió en el trajín de la Compañía. Le ponían porquería en las botas, le llenaban la cama de tierra, le decían Tía Tata por cuentero, lo empujaban en la fila, le quitaban el pan en la comida y le escondían la gorra...

—Fájate con uno de ellos y verás que te respetan, coño —le decía yo.

Pero no lo hacía.

Una noche, sentados él y yo en uno de los bancos laterales del polígono militar, empezó a cantar canciones de Los Beatles, y me contó haber conocido a una muchacha en Isla de Pinos de la cual se enamoró. Un día quiso salir con ella pero andaba sin dinero. Entonces apostó cien pesos a que lograba entrar al Ferry sin ser advertido y tocaría el pito del barco, y los ganó. Esperando a la

joven en el lugar de la cita, la policía lo arrestó.

—Desde entonces en la Isla me llamaban Alarma —me decía con notable orgullo. Me hice muy famoso, pero ella... me dio calabazas.

II

Una vez rompieron la taquilla donde seis soldados guardábamos nuestra ropa. Habían robado algunas cosas y arrancado varias páginas de una de mis novelas predilectas, *Los hermanos Karamazov*. Eso me colmó de indignación. Empecé a decir palabrotas en medio del albergue. Uno de los guapos del pelotón —probablemente de los autores del hecho— se levantó de la cama para vérselas conmigo. Saqué la cabilla que guardaba debajo del colchón, y me dijo, enseñándome los puños:

—¿Así que tú eres guapo?

—Si das un paso más te rompo la cara —le dije amenazándolo con la cabilla, y en eso apareció el jefe del pelotón.

Silvio me dijo que probablemente eso no se quedaría así, y que vendrían a buscarme en la noche para fajarse conmigo. Era un grupo de cinco que se creían los dueños y señores del albergue. Parece que decidieron dejar el asunto de ese modo.

Fue en esas circunstancias tan adversas a mi sensibilidad e intereses donde empecé a buscar algo más espiritualmente edificante de lo que se me ofrecía allí.

Cada mañana o atardecer me sentaba en uno de los revellines de la cortina de la fortaleza donde, con todo el peso de mi soledad y perpetua angustia, contemplaba la Ciudad.

Hasta entonces, para mí, la Capital había sido evocada como un sitio al que se iba a pasear en ocasiones, sobre todo de compras con mi madre. Mis impresiones del corazón de la Ciudad, hasta mi reclutamiento, se reducían a la memoria de largas y demoradas colas de gente y grupos de personas que iban y venían agitadas por los soportales.

Era agradable venir a La Habana. Uno salía de la vida que siempre transcurría

**Ah, La Habana,
me decía interiormente;
cuánto me gustaría
caminarte a mi antojo.
Tengo envidia
de toda esa gente
que pasa,
de los bancos
de tus parques,
de los papeles sueltos
que corren por tus calles
al capricho del aire...**

**La Habana
era otra cosa.
El cielo
me parecía vasto,
y más grandes
y variados
que los de Regla
eran sus edificios,
y uno veía la diversidad
de automóviles
y una dinámica social
incomparable.**

**Era agradable
venir a La Habana.
Uno salía de la vida
que siempre transcurría
allá en Regla,
donde no había
un colosal Capitolio,
ni un parque
como el de la Fraternidad,
ni tantas calles,
tiendas ni árboles
en las aceras
como algunos laureles
que aún siguen en pie
en la calle Monte.**

allá en Regla, donde no había un colosal Capitolio, ni un parque como el de la Fraternidad, ni tantas calles, tiendas ni árboles en las aceras como algunos laureles que aún siguen en pie en la calle Monte.

La Habana era otra cosa. El cielo me parecía vasto, y más grandes y variados que los de Regla eran sus edificios, y uno veía diversidad de automóviles y una dinámica social incomparable. Cuando llegaba a mi barrio tenía la grata impresión de haber paseado por otro mundo, y les contaba a mis amigos aquellas novedades intercalando algunas ficciones, como que había visto un barco enorme fondeado en la Bahía cuyo capitán era mi tío Justo Reyes, que en realidad era un conocido carnicero en Santa María del Rosario.

Allí, en el muro de La Cabaña, me sentaba a leer, fumar y pensar mirando La Habana con sus cúpulas, torres y edificios, la Avenida del Puerto con su vaivén de carros y personas, y el canal de la Bahía, por donde vi entrar y salir tantos barcos que, apreciados desde mi encierro, pasaron a ser para mí símbolos de envidiable libertad.

Aquel lugar de La Cabaña era la única ventana que se me ofrecía para asomarme al mundo. Ese mundo era La Habana que yo empecé a querer y añorar no precisamente con la perspectiva de un recluta, pues durante el tiempo en que permanecí en el servicio jamás pude quitarme el opresivo sentimiento de estar privado de libertad.

Mi madre vivía en permanente preocupación por mis fugas. Creía que en cualquier momento me mandarían al calabozo, y me suplicaba que no volviera a hacerlo. Ir al calabozo sería tremendo pues no podría soportar mi claustrofobia. Mas cada vez que caía la tarde aquel medio me oprimía hasta las células. Tenía que abandonarlo o me desplomaba víctima de una depresión cuya

angustia hacía verme como un pozo oscuro y profundo.

¿Cómo y cuándo podré salir de aquí, Dios mío?, pensaba o me decía a mí mismo.

No me cabía en la cabeza que allí echara tres años de mi vida haciendo guardias cada veinticuatro horas oyendo hablar boberías, limpiando mi fusil, escuchando el Reglamento como una letanía, chapeando o recogiendo la basura de los alrededores de la Compañía; mientras mis amigos estudiaban en el preuniversitario, iban a fiestas los sábados y tenían la posibilidad de hacer una carrera.

Un día, caminando a donde me llevarán las piernas, conocí a un recluso muy grueso que todas las mañanas recogía la hojarasca de los alrededores del penal llevando un carrito con dos tanques y un escobillón.

A veces se sentaba a descansar a la sombra. Estaba prohibido que soldados y reclusos pudieran conversar, pero cada vez que yo podía lo hacía un poco con él. Cumplía condena por juego ilícito y le quedaban un par de meses por salir. Poseía una considerable experiencia mundana. Me dijo que nada de lo que yo estaba sufriendo era comparable a lo que había sufrido él. Había tenido experiencias desgarradoras en el penal que nunca se atrevió a confesarme.

—Siempre hay uno más chivao que otro —me dijo. Pero nada de lo que venga de la vida sucede en vano. Todo lleva una enseñanza, y cuando menos te lo esperas te puede servir. Si quieres escribir tienes que conocerlo todo. La verdad no sólo está en los libros esos que tú lees, y la gente agradece mucho que le cuenten lo que sucede.

Estas palabras no me llevaron a encontrarle una razón a mi sufrimiento, pero me ayudaron a soportar las vicisitudes que en virtud de la experiencia debe afrontar el escritor

como parte indispensable de su oficio.

Una noche en que nuestro pelotón estaba de guardia se oyó un disparo en una de las postas. Poco después supimos que Silvio se había suicidado. Todos fuimos corriendo a la garita. Silvio estaba bocarriba con los ojos medio abiertos, como siempre dormía, sobre un charco de sangre. Se había dado un tiro en el cielo de la boca.

III

Fue mi primera vivencia desgarradora. Tenía esa última imagen de él fija en mi mente, y no lograba comprender cómo era posible que una persona, que hasta horas antes se le viera de buen ánimo, hubiera tomado tal decisión. Si me lo hubiera dicho nunca lo hubiera dejado solo. Él había sido para mí como un oasis en aquella árida existencia.

Al día siguiente me refugié en un baluarte lejos de todo y de todos. Encerrado allí lloré por él y por muchas cosas. Huir, pensé. De aquí hay que huir. Pero esto tampoco era sensato.

No estaba conforme con lo que me estaba tocando vivir. Era demasiado opresivo para mí. Y aquel atardecer no preferí pasarlo en el muro de La Cabaña en compañía de La Habana. Ni siquiera en mi casa. Me fui a las entrañas de la Capital, y me senté en lo alto de la escalinata del Capitolio. Allí, sintiéndome como una suerte de nada humanizada, me puse a ver gentes que iban y venían de un lugar a otro como hormigas.

Ah, La Habana, me decía interiormente; cuánto me gustaría caminar a mi antojo. Tengo envidia de toda esa gente que pasa, de los bancos de tus parques, de los papeles sueltos que corren por tus calles al capricho del aire, de tus esquinas sucias, de tus apuestos soportales, de cada uno de tus árboles, y de tus perros sin dueños, de tus borrachos y locos...

Prefiero ser cualquiera de ellos a un vivo muerto... ya ni sé...

Una tarde en que nos preparábamos para la guardia, mientras limpiaba mi fusil sentado en la litera, empezó a colmarme todo el odio del mundo. Puse el cargador y disparé hasta vaciarlo en el albergue. Sólo quedé yo, absorto en la cama, envuelto en un ligero humo y olor a pólvora. Al rato el oficial de guardia me llevó a la comandancia.

Dos meses después, el 6 de enero de 1978, el jefe de la Compañía, un santiaguero achinado y obeso con cara de estar siempre bravo, me llamó a su despacho. El oficial me esperaba sentado en la silla rotatoria de su buró, echado hacia atrás con la punta de un bolígrafo en la boca. Me ordenó pararme en firme, y pensé te llegó el día del calabozo, Miguel. Pero no. Me informó que había llegado mi baja por prescripción facultativa.

Fue el regalo de Reyes más cautivante de todas mis Epifanías. Temí manifestarme contento temeroso de que me dejaran allá dentro. Devolví mis pertenencias a la jefatura con mucha seriedad pero con un arrebató interior que era como un maremoto solapado; y antes de salir para siempre por la puerta de la Unidad fui al muro de La Cabaña para contemplar, por última vez, aquella cara de la Ciudad que había sido mi única dicha durante los últimos tiempos de mi vida.

Ay, Habana, me dije mirándola con los ojos cristalizados de lágrimas; nunca pensé que llegarás a hacerme tanta falta.

En aquel sitio donde tantas salidas y puestas de sol me habían estremecido, miré la cúpula del Capitolio proyectada contra el cielo, y le di gracias a Dios por impedir que estuviera allí tres años que, para mí, hubieran sido los más inútiles de mi existencia. Ω

** Licenciado en Filología. Investigador del Archivo Nacional de Cuba. Escritor.*